

Camino de perversión

LUIS MANUEL ZAVALA

El hábito de la lectura resulta perverso. Después de leer cierta cantidad de libros, las obras suelen perder sus contornos individuales; la memoria las tiñe, hasta pervertirlas, con los recuerdos de otras lecturas que revelan palimpsestos insospechados. Debo decir que estas reflexiones son la respuesta del lector ante una nueva edición de *De ánima*, y si la novela de Juan García Ponce representó en su momento una aventura estética, no se puede soslayar el riesgo de los editores al publicar un libro para una generación cada vez más acostumbrada a una literatura de fácil digestión. Gesto plausible, sí, pero cómo pasar de *Como agua para chocolate* a un libro inquietante en virtud de los atrevidos planteamientos éticos y estéticos que lo animan.

El debate sobre la literatura toma cada vez más en cuenta al lector; desde Pierre Menard su participación resulta ineludible: la lectura, al recrearlo, completa el sentido del texto. Pero si lo hace es porque el lector ha asumido su responsabilidad como tal; leer, entonces, se convierte en acto ético. Pero hoy en día la relación entre obra y lector se ha vuelto epidérmica: la literatura *light* ha creado un lector *light*, desde luego, no el lector que requiere una novela como la de Juan García Ponce. Quiero decir que *De ánima* responde a un momento clave en el que una inquieta generación de jóvenes escritores —“narradores mexicanos de los 50”, la llama Armando Pereira— intenta remover los fundamentos de una literatura mexicana, complacida y complaciente, y es acompañada en su aventura por una generación de lectores que actúa a la manera del coro griego; los propios autores —José de la Colina, Salvador Elizondo, José Emilio Pacheco, etcétera— son primero lectores exigentes. Todo ello puede configurar un clima espiritual esencialmente revulsivo.

Crisis en la literatura alimentada por una crisis de lectura, tal es la atmósfera que nos envuelve. Me pregunto qué encontrará en *De ánima* un lector formado en las páginas de Carlos Cuauhtémoc Sánchez o del último

García Márquez; quizá un anuncio algo pudoroso de *Las edades de Lulú*: el tiempo transcurrido no siempre enriquece la lectura, tal y como pretendía Pierre Menard. Este comentario pretende ser una reivindicación del acto de leer concebido como una aventura, aunque sospecho que tal vez no sea otra cosa sino la conjuración de una nostalgia.

De la novela de Juan García Ponce emanan múltiples reflejos, casi todos provenientes de lecturas entrañables; también la presencia de sus compañeros de generación, en especial, Salvador Elizondo. Resaltan las *coincidencias* entre las que tal vez sean sus obras mayores. Para acceder al sentido de *Farabeuf* debemos recorrer parsimoniosamente varias palabras clave: espejo, mirada, entrega, representación, perversión. Apuramos las páginas de *De ánima* y advertimos que las claves no cambian; en el fondo la búsqueda es la misma: encontrar la identidad de un cuerpo que se ofrece. La coincidencia se torna más llamativa si pensamos en las fuentes reconocidas por el autor: Musil, Klossowski, Tanizaki (Sade, Bataille, Borges serían las más cercanas a Elizondo). ¿Cómo no ver la literatura como un incesante juego de influencias o afinidades, manifiestas o tácticas, en el que participan todos los autores? Los caminos de la literatura resultan misteriosos.

Otra vez nos encontramos ante personajes cuya identidad es equívoca. El nombre de Paloma resulta emblemático, pero ella es perversa; no obstante, la perversión es el camino que la conduce hacia la inocencia; entonces su nombre se convierte en su esencia. Paloma, un cuerpo que se ofrenda, que es ofrenda, sólo que al darse a los demás se entrega a ella misma:

Suponer que el deseo puede imponérsenos es una fantasía masculina. Precisamente porque podemos ceder somos dueñas por completo de nuestro cuerpo y si cedemos somos nosotras las que cedemos, nadie se nos impone. Por eso es tan sencillo regresar a una misma después de haber cedido. (p. 91.)

Paloma ofrece su cuerpo como objeto, precisamente porque se reconoce sujeto del mismo; en el fondo es ella quien utiliza a Gilberto; pero la aceptación de éste también es activa: sirve a Paloma para llevar a cabo sus propósitos.

A diferencia de lo que acontece en *Farabeuf*, los personajes de Juan García Ponce no necesitan persuadirse, los dos saben que necesitan del otro. Gilberto cede a Paloma para que ésta se revele y Paloma anhela revelarse a Gilberto: siempre se complementan sus deseos. En esa complicidad tácita la mirada juega un papel decisivo. Su relación recuerda la de ciertos personajes de Klossowski, como en la *Revocación del edicto de Nantes* donde un agónico Octave mira extático el gesto de Roberté que es sodomizada por su sobrino Antoine.¹ Si el cuerpo se entrega es para propiciar la aparición de un gesto al que únicamente la mirada puede darle sentido. Un gesto que proviene de Klossowski; aquel en que Roberté, sorprendida por el deseo impetuoso de unos adolescentes, con el brazo izquierdo intenta repeler el ataque, al mismo tiempo que estira el otro para atraer hacia sí la vehemencia de uno de los agresores. *De ánima* es la lectura de ese gesto, sólo que Paloma, a diferencia de Roberté, ha decidido asumir sin conflicto su condición de objeto: su entrega es su liberación. *Feminista antifeminista*, Juan García Ponce ve en la entrega al deseo la realización de la mujer. Finalmente todo ocurre para la mirada —de los personajes, del autor, del lector—; Gilberto lo confiesa: “Un cuerpo es un signo y en relación con él todo comienza y termina en la mirada que lo solicita y lo lleva a mostrarse” (p. 192). El gesto se multiplica, se refleja, desde un cuento —“El gato”— hasta la novela, la pintura y el cine, quizá para verlo mejor. Muere Gilberto pero su mirada todavía está presente... Paloma puede salvar su identidad.

De ánima, una novela para ese lector, últimamente tan maltratado, que todavía aspira a jactarse de los libros que ha leído. ♦

Juan García Ponce: *De ánima*, Montecinos, México, 1995. 235 pp.

¹ El gesto de Roberté no hace sino exteriorizar su identidad. Octave lo experimenta como la revelación de su alma. Pierre Klossowski, *La revocación del edicto de Nantes*, p. 126.